

EL PRIMER CUENTO CHILENO

La creación literaria de un país no nace por generación espontánea (en oposición al *hijo nacido sin madre* que proclamó Montesquieu como divisa para *El Espíritu de las Leyes*), ni surge tampoco, tajantemente, de un determinado momento, de un determinado autor o de una determinada escuela.

Por el contrario, existe para toda literatura un "antes" imprescindible, una raíz genealógica, una línea tradicional que arranca desde el siempre inmutable pasado, y son estos elementos los que nos permiten apreciar —y no de otra manera— la producción intelectual del presente.

En este sentido, Chile puede presentar, con gran orgullo, una

de las más firmes, completas y sostenidas líneas culturales desde su advenimiento como entidad histórica, fundamentada en sólido granito, si es que una comparación mineralógica sirviera para acentuar la aparente ingravidez de la letra impresa.

Tal línea cultural se desenvuelve desde sus más remotos orígenes: desde las mismas *Cartas* de Pedro de Valdivia (admitidas éstas, y con honores, por su valor de literatura histórica, aparte de su conceptuoso y desenvuelto estilo), viene también de los minuciosos cronistas del siglo XVI y de los poetas épicos que interpretaron el alma y el ser de la nacionalidad —con Alonso de Ercilla a la cabeza—, y todos tan nuestros, tan chilenos, en igual medida que El Greco, el genial extranjero, es tan español por haber sabido captar la fisonomía espiritual de esa tierra.

De ahí nuestro interés, siempre creciente, por mantener expeditos estos cauces de comunicación del pensamiento, y encontrar, hacia atrás, la fuente primera de donde brotaron.

Que estas palabras iniciales sirvan de explicación, también, para que se entiendan nuestras reservas ante opiniones muy definitivas en relación a la literatura patria.

Por ejemplo, siempre nos pareció por lo menos discutible la siguiente afirmación estampada por Raúl Silva Castro: "Aun cuando parezca excesivo insistir en ello, debe señalarse aquí que corresponde al autor de este ensayo la atribución de la paternidad del cuento chileno a Lastarria. En la fecha en que fue publicado *El Mendigo* se habían producido algunos esbozos informes, todos los cuales fueron ensombrecidos por aquel relato" (*El Modernismo y otros ensayos literarios*, Nascimento, 1965).

No cabe más categórica afirmación: Lastarria es el primer cuentista del país, cronológicamente hablando, y punto.

Por nuestra parte —y aquí empezarán las reservas—, no sabemos si podrían considerarse aquellos otros intentos narrativos (los primeros que se producían en nuestro medio) como *esbozos informes*, como si a los cuentos, en general, se les pudiera aplicar un arquetipo, una definición o un patrón común, establecido al gusto de cada crítico, y en donde encajaran, por su voluntad todopoderosa, desde los cuen-

tos milesios hasta estos contemporáneos del tipo de Katherine Mansfield o Franz Kafka.

Ahora bien, de tales *esbozos informes* —sin que el polígrafo nos comunique la razón de su preferencia— solamente se escaparía el texto de José Victorino Lastarria.

En oposición a su negación en bloque, de lo que sí estamos seguros es de la importancia que tales cuerpos literarios tienen como fuentes primeras de la producción narrativa del Chile republicano.

Considerados en este sentido, las bondades o defectos que en su redacción o argumento se contengan no pueden constituirse en pautas para admitirlos o rechazarlos: únicamente debe primar la certeza de que ellos constituyen el nacimiento de este género literario.

Por dicha razón, dentro de este concepto básico (y, por tanto, dentro del orden cronológico), nos maravilla que no uno sino que un número importante de historiadores de nuestra expresión creadora, tal vez siguiendo la opinión de Silva Castro y sin un conocimiento de los relatos mismos, haya podido afirmar e insistir en la primacía de *El Mendigo* sobre otros textos narrativos.

Sin embargo, las pruebas tipográficas están a la vista.

Como es del conocimiento público, este cuento de Lastarria aparece en *El Crepúsculo* (números 7 y 8 del 1º de noviembre y 1º de diciembre de 1843).

No es del caso historiar el interesante tránsito de esta revista, que venía a continuar la tarea de *El Semanario de Santiago* (1842).

Bástenos recordar que su trayectoria duró hasta el 1º de junio de 1844, calzando con el artículo de Francisco Bilbao: *Sociabilidad Chilena*: "infectiva audaz contra la religión y sistema político y civil dominantes", según escribe, en 1892, Joaquín Rodríguez Bravo, biógrafo de Lastarria.

Pero éste no es nuestro tema.

Lo que sí queremos dejar en claro es que en ese mismo año, 1843, pero meses antes que el cuento de Lastarria, se había publicado en el periódico *El Progreso*, el cuento *El Loco*, de Carlos Bello (números 130 y 131, de 15 y 17 de abril).

El nombre de su autor —además del resplandor que le procu-

raba el de don Andrés— brillaba con intelectual autonomía, pues ya el año anterior (28 de agosto) había estrenado *Los Amores del Poeta*: “El lenguaje tiene toda la naturalidad y el desaliño artístico que conviene al drama y toda la armonía de una prosa poética”, comentaba *El Mercurio*.

Fuera de este relato de Carlos Bel'lo —anterior en fecha, como puede apreciarse, al de Lastarria—, hay que consignar otros debidos al ingenio del mismo Lastarria, de José Joaquín Vallejo (Jotabeche), de Santiago Lindsay y Cristóbal Valdés, los que señalaremos en nuestra conclusión.

Sin embargo, estos relatos agrupados en los años 1842 y 1843 tendrán un sorpresivo antecedente, en una fecha tan lejana como 1819.

En ese año, Juan Egaña —el ilustre autor de *El Chileno Consolado en los Presidios* y de los *Ocios Filosóficos y Poéticos*, el festivo lírico de *La Fernandina*, el diligente redactor constitucional y el eminente patriota— concibe y publica sus famosas *Cartas Pehuenches*.

Nuestra Biblioteca Nacional, con un encomiable espíritu de bien público, las reeditó en su conjunto, en 1959.

Estas *Cartas*, bajo la ficción de la correspondencia de dos indios, Melillanca y Gualalcoa, constituyen una inapreciable suma miscelánea de advertencias, reflexiones, conjeturas, críticas y comentarios de los primeros tiempos de la República, además de algunas tentativas de imágenes o cuadros de costumbres.

Describiendo las *Cartas Pehuenches* sumariamente, diremos que uno de estos araucanos, Melillanca, reside en Santiago, huésped de “un buen anciano” de nombre Andrés, mientras su amigo, Gualalcoa, permanece en Chillán, muy unido al “mestizo Fabián que nos enseñó a leer y escribir, y que se educó entre los españoles”, según refiere el primero.

A la verdad es éste, Melillanca, el que hace el gasto de la correspondencia, y ya desde la carta inicial señala su propósito: “Mis cartas sólo seguirán el orden de los objetos que se me presenten cada día, comenzando por la idea más concisa y general del estado actual de las cosas”.

Como se puede advertir, en una ligera lectura, los dos personajes principales, Melillanca y Gualalcoa, así como Andrés y Fabián, son

únicamente entes literarios, a través de los cuales Juan Egaña nos presenta, con simultaneidad estilística, las varias facetas de los usos y costumbres de nuestra nación en sus primeros días de vida independiente.

Esto dicho, en la *Carta Segunda* (que ocupa las entregas 2 y 3) se puede leer con toda claridad un relato coherente —digamos, una obra de creación hecha y derecha— con los percances de un honrado comerciante de nombre Martín, relato fácilmente destacable del resto de los otros textos que componen el cuerpo de las *Cartas Pehuenches* (1).

Este texto no escapó a la diligencia de Silva Castro, quien lo publica en su *Antología de Juan Egaña* (Editorial Andrés Bello, 1969), pero sin conferirle la condición de relato que nosotros le atribuimos.

No titubeamos en dar el nombre de cuento a esta aventura imaginada —los infortunios procesales de un patriota—, y consideramos que con él se abre la vía de las narraciones nacionales.

De este modo, la nómina de los primeros cuentos chilenos sería la siguiente: Juan Egaña: *El Picapleitos* (*Cartas Pehuenches*, 1819), José Victorino Lastarria: *Una Hora Perdida* (*El Semanario de Santiago*, núm. 4, agosto, 1842), José Joaquín Vallejo: *Un Chasco* (*El Semanario de Santiago*, núm. 29, 19 de enero de 1843), Carlos Bello: *El Loco* (*El Progreso*, núms. 130 y 131, sábado 15 y lunes 17 de abril de 1843), Santiago Lindsay: *Jorge* (*El Crepúsculo*, núm. 1, junio de 1843), Cristóbal Valdés: *Los Dos Puñales* (*El Crepúsculo*, núm. 2, julio de 1843), Santiago Lindsay: *Don Martín de Gómez* (*El Crepúsculo*, núm. 4, septiembre de 1843) y José Victorino Lastarria: *El Mendigo* (*El Crepúsculo*, núms. 7 y 8, noviembre y diciembre de 1843).

Como observación final, quisiéramos advertir que en el índice de *El Crepúsculo* aparecen los artículos separados por materias. Los tex-

(1) En el N^o 52 de *El Telégrafo* (viernes 3 de diciembre de 1819) aparece una Comunicación firmada por Ernesto Gricoy, en la que, a propósito de un caso judicial, cita este cuento de Juan Egaña: "no teme que se vea reducida a un caso práctico la fábula inserta en los números 2 y 3 de las *Cartas Pehuenches* del pleito de un aprendiz de curial, que con sus enredos arruinó a una familia honrada".

tos de Santiago Lindsay, Cristóbal Valdés y José Victorino Lastarria
figuran bajo la denominación común de *Novelitas* (2).